

JOSE RAMÓN COUSO



Es abogado desde 1987. En la actualidad es director de la Asesoría Jurídica Procesal y de Recuperaciones de la SAREB. Anteriormente trabajó en Caja Madrid y en Bankia como director Recuperaciones y de Asesoría Jurídica Procesal e Inmobiliaria.

José Ramón es Licenciado en Derecho, en CC. Políticas y Sociología y en Historia, Máster Directivos en INSEAD y Máster Gestión Financiera U.C.M.

Como antiguo opositor a notario y registrador es especialista en mercantil y civil y participa como ponente o profesor en distintos foros relacionados con el Derecho y la dirección de proyectos y equipos.



«NO ES LORO TODO LO QUE
REDUCE» (BERMUDO)

TRES

—Sin duda, éste es uno de los casos más complejos y curiosos de entre los innumerables a los que me he enfrentado durante mi experimentada y dilatada vida forense.

—¡No te quejes, oztia! Sabes que ti viá pagá mazo y en bé; peo esocás dicho del forense má chirriao el témpano. ¡Verde y en botella!

—¡Mi querido presidente Bermudo! ¡El expresión forense lo he empleado en términos única y estrictamente profesionales! Es una acepción modal asimilada a la locución semántica de «perteneciente u originario del foro», *of course* —reparó Don Ulpiano—. *Anyway*, ¡curioso caso! —y ¡una pasta!, pensó.

—¡Me cá en tó lo que se mueve! —lamentó el presidente.

El letrado arrugó el ceño y se acercó aún más al gran ventanal de su despacho desde el que se dominaba gran parte de la distinguida calle Serrano en su confluencia con la Plaza de Colón. Su estilizada imagen reflejada en el cristal le confirmó que corbata floreada y pañuelo fruncido conjuntaban a la perfección.

—Será tó lo curioso que tú quieras —remarcó el presidente—, pero si la chica habla, sejodió'l contrato; poca broma questoy acojonao —lamentó el presidente—. Y lo de la valija diplomática —continuó—, ¡menuda indición me ponieron los marines! Entoavía me dura la tontuna...

—*Don't worry*, presidente —quiso tranquilizar el letrado—, ¡ya está superado! Ahora estás aquí con todo mi equipo legal y humano que se brinda a tu entera disposición, con cariño y precio imbatible, como siempre has encontrado en ésta, tu casa. El sacrosanto principio de la abogacía es la confianza —rubricó el letrado, ocultando su verdadera convicción.

—¡Ya! si ya sé questoy aquí, pero mi cliente es LAOTÁN y eso, ... ¡Poca broma! ¿A ver quién le pone el cascabel al pato?

—¿Cómo? —repugnó el letrado, con la mejor de sus sonrisas—. Querido presidente, es mejor decir NATO («neito»), a tu nivel debes decir nato («neito»). Si sigues diciendo lo de NATO, no te entenderán ni los daneses ni los americanos.... Discúlpame: ¡Adelaida!... —se interrumpió a sí mismo el letrado—. ¡Adelaida! ¡No quiero llamadas! *I don't want calls! no more, please!*

Adelaida, directora de protocolo de Ulpiano Abogados, S.L.U. apareció, tras un sonoro portazo, en el dintel del despacho, se trabó un poco más de lo habitual, aunque, no sin esfuerzo, al final pudo balbucear desde la temblorosa puerta:

—Elemba, elemba, elemba,... ¡vié pacá!

—*Oh, my God! Dear Adelaida!* —esputó cabreado el Letrado—. *I can't understand you!*

—Elembaja, elembaja, elembaja...

—Discúlpame, querido presidente: atiendo a Adelaida y en seguida vuelvo contigo. Detendré el taxímetro —espetó el letrado dando un manotazo de desahogo a un timbre de cobre cableado a un mohoso contador digital que se erigía desafiante en la mesa.

—¡Cosas veredes y haberlas haylas! —rebuznó el presidente.

—¡Querido letrado Ulpiano! —irrumpió el embajador sin formalismo adicional alguno, desplazando de un empujón a la aún aturdida Adelaida y extendiendo sus brazos al letrado a modo de incipiente abrazo.

—¿Embajador Risuéñez? ¿Es cierta la dicha que me deparan éstos mis ojos? —rectificó sobre la marcha el letrado—. ¡No esperaba este enorme regocijo en esta soleada mañana madrileña! ¿Cómo tú en mi humilde morada profesional? Te hacía en la NATO («neito») sovereign annual summit o en Bruselas. *Oh my dear!* ¡A mis brazos!: *to my shoulders!*

—*Shoulders* es hombros —corrigió Risuéñez—, se dice «*to my arms!*»

—Claro, *sure, sure*, ¡qué feliz encuentro! ¡dos de mis mejores facturaciones juntas! —carraspeó el Letrado, lamentando el porrito que se había enchufado como desayuno— esto... decía que... merced al azar, ¡dos de mis mejores amigos están aquí, en mi humilde despacho, un domingo matutino! ¡en mi casa! —teatralizó Ulpiano— ¡que es la casa de ambos dos!

—¡Qué ocurrente! —lamentaron al unísono presidente y embajador.

—¡Querido Ulpiano! bien podrás intuir que mi presencia no es casual —puntualizó satisfecho Risuéñez.

—¡Me cá en tó lo que se mueve! —puntualizó el presidente Bermudo.

DOS

El embajador Risuéñez de la Corte aparentaba más edad y sabiduría de la que, en realidad tenía, si es que de alguna era tenedor (de sabiduría, aclaro); no obstante, compatibilizaba con desahogo y sin mucha complicación su condición diplomática con la de miembro de la Agencia Española de Inteligencia (conocida como A.S.I., aunque las siglas no lo justificaban). Cuando en la madrugada del sábado el Galaxy aterrizó en la Base Secreta de Torr.... de Ard... Risuéñez se acurrucaba junto a Bermudo entre convolutos y alimentos transgénicos de la valija diplomática con el sello NATO («neito»); comprobó, desde la misma panza del Galaxy G-560R2D2, que su móvil (otro Galaxy, pero coreano) no tenía batería; se autoconsoló (figuradamente) porque, aunque hubiera tenido el cargador del teléfono a mano, no le habría servido de nada: los enchufes del maldito avión militar NATO («neito») tenían clavija americana; en conclusión, no podía usar su móvil para avisar a «Cuesta de las perdices» (clave secreta para denominar la central de la A.S.I. en el argot de Inteligencia).

Mientras lamentaba no haber apagado el móvil durante el vuelo desde Dinamarca, se abrió la rampa y, antes de que pudiera reaccionar, Risuéñez, se encontró depositado junto al resto de fardos de la valija diplomática en el duro suelo de la Terminal (secreta) de Torr.... de Ard...

A pesar de buscar en todas direcciones, advirtió al instante que ¡el narcotizado Bermudo había desaparecido!, ¡de repente! ¿Dónde se había metido? ¡Había que actuar con decisión y rapidez!; Bermudo estaba sedado y ¡como una moto! Risuéñez no fue capaz de recordar el tema de las oposiciones en el que memorizó los principios fundamentales del buen diplomático en situaciones de riesgo patrio; a duras penas se desembarazó de los fardos entre los que había sido lanzado, pudo levantarse y recorrió con sigilo la

Terminal (secreta); creyó identificar al agente de tierra de la A.S.I. con quien debía contactar; el disfraz de camuflaje de la agente y su integración con el entorno le inspiró confianza, aunque le sorprendió la frenética energía con que fregaba el vestíbulo principal de la Terminal (secreta).

Risuéñez, mientras pensaba en lo idóneo del atuendo de su compañera agente, se aseguró de que ningún marine del avión o de la Terminal (secreta) le siguiera, se acercó a ella hasta ubicarse entre el cubo —repleto de adhesivos de uniformes militares— con agua jabonosa y la fregona; sin preámbulo ni contraseña alguna, colocó la mano delante de su boca para evitar lecturas indeseadas y, susurrante, urgió a la presunta agente, que atendía al llamado de «Justina», para que telefonara a la A.S.I. con código «Charlie pavo rosa», código de alerta máxima; él volvería a la zona (secreta) de valijas e intentaría localizar al presidente, para tenerle controlado cuando el chute de Valium dejara de hacer efecto: Bermudo era capaz de cualquier cosa para no perder el contrato con la NATO («neito»).

Justina, en realidad, era lo que aparentaba: una limpiadora de la contrata (secreta) que, desde hacía tres días, se había declarado en huelga japonesa:

—*Ara mateix dic.* ¿‘Charlie pavo rosa’?, ¿no? —respondió colaborativa— *I el nombre ¿serà el 112 ?, ¿no? o ¿és el telèfon vermell?*

No recibió respuesta; Justina, exaltada como era, se sorprendió de que el misterioso Risuéñez se hubiera esfumado con el mismo sigilo con el que había aparecido; superó el susto inicial, controló su hiperventilada excitación y abandonó fregona y cubo; corrió hacia el despacho que acababa de limpiar y en el cuál solía tirarse a los seguratas uniformados y marines menos escrupulosos de la Terminal (secreta).

Aunque la presunta agente Justina había prestado máxima atención al magullado Risuéñez, su entendimiento estaba nublado por las rayas de coca que esa noche se había

metido en el lavabo de caballeros de la Terminal (secreta); así pues, Justina no entendió del todo bien el encargo de Risuñez. De hecho, sin darse cuenta, le había respondido en catalán. Unos días antes, había descubierto casualmente en una cisterna de los váteres de la Terminal (secreta) un paquete cuidadosamente sellado; su curiosidad le animó a practicar insignificantes y sigilosas extracciones a su contenido e inhalarlas con avidez: recordó tiempos jóvenes. Su hallazgo (y sus efectos) le animó a anunciar a sus miles de seguidores en las redes sociales que iba a intentar de batir de nuevo el récord Guinness de horas ininterrumpidas de limpieza en instalaciones militares (secretas). Esa semana el único objetivo de la carismática Justina era mantenerse despierta a todo trance para batir su propio récord y consolidar su fama entre seguidores de Facebook y partidos emergentes. ¡Llevaba ya fregando noventa horas sin parar!

En el despacho, Justina, jadeante, descolgó el auricular rojo carmesí del teléfono rojo (carmesí) de emergencias; escuchó el tono inicial, se frotó la nariz; a continuación oyó unos cinco segundos del himno nacional, luego el *disclaimer* legal de que la conversación podía ser grabada, se volvió a frotar la nariz, escuchó el consabido sermón de alternativas que proponía la voz metálica; eligió al azar la opción 4, pulsó la tecla #, se frotó la nariz, tecleó su número de identificación fiscal, el pin de su tarjeta de crédito *Black*, el de la Seguridad Social, pulsó otra vez #, eligió, otra vez, la opción 4 (¿sería su número de la suerte?), deletreó el tipo de emergencia que deseaba comunicar, el 1, el 7, el 1, el 4... etc. y, por último, pulsó de modo triunfal la tecla asterisco.

Justina se sintió orgullosa de haber avisado a la A.S.I. y de poder contribuir con ello a la Paz y al nuevo Orden mundial; mientras se volvía a frotar la nariz, pensó en meterse otra raya, pero ¡la voz del contestador exigía que apuntara cosas! Localizó con ansiedad, en la bata, boli y papel higiénico y anotó, como mejor pudo, el número de registro del

CAU de la alerta: ID E894JK21... del servicio de emergencias nacionales e internacionales de la A.S.I., que le agradecía su llamada... bla, bla, bla...

Nada más colgar, sonó con fuerza el timbre del mismo teléfono (secreto) rojo (carmesí); Justina, a pesar de la coca, mantuvo la calma, apretó los dientes y, con inusitada fuerza de voluntad, no descolgó el teléfono (secreto) rojo (carmesí); sonrió al recordar que era muy posible que se tratara de la inevitable encuesta de calidad del servicio de atención al usuario de la A.S.I.

DOS Y MEDIO

La fatalidad quiso que el aviso de Justina, el ID E894JK21, no fuera escuchado por Bosco Borja. Desde que su padre le enchufó como becario de guardia en la empresa temporal para sustituciones en festivos de agentes de la A.S.I., Bosco Borja manejaba mucha pasta para vicios propios y ajenos; a cambio, tenía que dormir algún que otro finde en un camuflado y céntrico sótano en la calle Serrano junto a un contestador automático; si se activaba algún aviso de alarma, lo que hasta la fecha no se había producido, sólo tendría que apretar un botón y avisar al imaginaria (sic). Era fácil.

Esa madrugada de sábado, Bosco Borja roncaba con la despreocupación del enchufado y con la sonoridad de quién se encuentra en trance de superar una severa resaca. Desparramado encima del incómodo sillón de eskai que atascaba la puerta del sótano del *call center* (secreto) de la A.S.I., soñaba con las notas del himno y con la voz de alguna drogadicta con acento aranés que creía escuchar.

Con esfuerzo sobrehumano Bosco Borja abrió un ojo y, sobresaltado, entendió que la corneta de la Legión enlatada que atronaba debía ser la alarma del sistema. Tras acertar con la tecla adecuada, escuchó el atolondrado mensaje gra-

bado por una mujer muy nerviosa y/o narcotizada que invocaba el código «Charlie pavo rosa». Según la chuleta plastificada de la pared, podría tratarse de alguno de los diecisiete códigos autonómicos de alerta máxima, aunque ése, en particular, no lo encontró; Bosco Borja fue incapaz de localizar el billete de metro donde había apuntado la *password* para avisar al agente secreto de imaginaria (sic); seguro que lo habría usado para hacerse algún porrete con el simpático vecino del 2°. Decidió irse a Cádiz.

Ni el sorprendido letrado, ni el complacido embajador, ni el quejoso presidente, horas después, pisos más arriba, podían sospechar que las irrupciones de Justina y de Bosco Borja, muy pronto tendrían insospechadas consecuencias en sus destinos.

DE NUEVO, TRES

El letrado, con la mueca perenne de quien se sabe urgido profesionalmente por uno de sus mejores clientes y sorprendido en plena faena jurídica por el diplomático, hiló con descaro:

—Así pues, Risuéñez, bien sabía usted que el presidente Bermudo estaba en mi humilde oficina; ¡Ay! ¡no se le escapa una! —mintió adulator don Ulpiano—. Holy Mary! ¿También tuvo el placer de venir, colijo, en valija diplomática junto al presidente? Confío que el viaje desde Dinamarca no le haya incomodado en exceso —musitó.

El embajador sonrió adulado y aliviado, al visualizar que, como él había intuido, el prófugo presidente, huido de la Terminal (secreta), se había arrojado como un corderito entre las garras del afamado letrado; pensó que, de momento, Bermudo no haría ninguna tontería.

—Querido Ulpiano —respondió el embajador— no tenía la certeza de que el presidente se encontrara en tu despacho,

pero el deber consular, en efecto, exige que aplique todo mi pobre ingenio e intuición, a fin de preservar la superior razón de Estado.

—¡Qué jodío! ¡Seguro que a ti no te ponieron los marines la indición como a mí! Entoavía ando medio atontao —lamentó el presidente—. ¡Joderse con los primos del Obama! ¡No se andan con chiquillitas!

—Chiquitas —corrigió el letrado.

—¡Que sí!, ¡que ya!... ¡chiquitas!; pero Resuélez, y ahora ¿qué pasa?, ¿qué sarroto?, ¿ha hablado la concejala o los de LAOTÁN?, vamos, que sí, la chica ha vuelto a montarla, la muy guarra..., ¡pierdo el contrato! —se entristeció Bermudo.

—No perderás el contrato con NATO («neito»), *you're the best, mi friend* —animó el letrado.

El presidente no hizo el menor caso a don Ulpiano y siguió con su tozudo monólogo plagado de agravios:

—La tía no paraba de sonreírme mientras conducía, con esa minifalda; no sabía presentao el melitar de LAOTÁN que me dijo que iba a ir al aeropuerto de Copen-Naguez y apareció la tal Birgitte en lugar dél. Yo soy por naturaleza desconfiao y en países de fuera de España, más; pero la chica era guapa y me llamó en danés «¡Escolti! ¡Benvingut molt honorable president Bermudo»; llevaba un cartel con el logo de LAOTÁN y con el de mi fábrica; hasta me enseñó una foto de Ronaldo. «Em dic Birgitte»... la tal Birgitte ¿Quién hubiera desconfiao? ¡Oro paece, rábano es!

—Es muy comprensible, querido presidente —reafirmó el letrado, a quien no escuchaba Bermudo, imbuido de una extraña ensoñación, a modo de coletazo del chute de Valium que le habían metido los marines antes de subir al avión en Dinamarca—, muy comprensible, querido Bermudo.

—... y en la utopista, aunque llovía, la tal Birgitte seguía sonriendo. Para ir a la Base de LAOTÁN hay un puente delaostia en la mesmautopista que va por encimalmar, bueno, pues va la tal Birgitte y en medio'l puente nos hici-

mos un selfi con su aifón y sin parar el coche ¿y eso? ¿eso quesloqués? Yo no me hago selfis ¡ni con la marequemeparió!; si se lo hago a mi madre me da un capón que me ventila. La tal Birgitte mestaba tirando las tejas, eso seguro, ¡comocaidiós!

—¡Así lo sostendremos en sede judicial o extrajudicial!, mi querido Bermudo —garantizó el letrado—, diremos que pretendió acosarte e inducirte a una indeseada conducta sexual.

—Bueno eso no es exactamente lo que ella iba diciendo cuando llegasteis a la NATO («neito») sovereign annual summit en Aarhus —rectificó el embajador Risuéñez, a quien, por fortuna, no escuchaba el presidente Bermudo que continuaba con su lamentación:

—... ¡No se pué ser bueno! ¡Y menos en la cama, como yo! ¡Cría cuervos y te sacarán los sesos! ¡La tal Birgitte! Pero yo soy de los que me visto ¡de pies!

—Querido Presidente, mi buen Bermudo, ahora estás en Madrid, en mi despacho, ¡a salvo!, nadie se acuerda de tu concurso de acreedores, la gente ha olvidado que fuiste promotor fraudulento, los compradores de viviendas inacabadas ya no te hacen escraches desde que sobornamos a su líder, has iniciado un próspero negocio de suministro de moquetas y urinarios para la mismísima NATO («neito») y el propio embajador, creo entender, que ha estado en todo momento contigo y ha conseguido que salieras con bien de la NATO («neito») sovereign annual summit como un amazing championer. *Empowerment! Hurry up!* ¡Nos vamos a cargar a esa concejala danesa de Aarhus! ¡El peso de la Ley caerá sobre ti, Birgitte! —chilló entusiasta don Ulpiano dando otro enérgico manotazo al timbre cobrizo y mohoso—. Bermudo, vuelvo a poner el taxímetro en marcha, ya sabes... la facturación es sagrada para un buen servicio profesional, ejem, je, je, je.

—¡Me cá en tó lo que se mueve con lo del puto cronógramo ese!, ¡qué cohonos tiés con lo del cronógramo...! siempre con el jodío relojillo... lo voy a tirar contralaparé —estalló el presidente—. ¡Me saca de mis cosquillas!

—*Dear* Bermudo! Se dice casillas, casillas, como el portero..., el del Madrid..., *anyway, don't be so...* El Valium todavía te produce secuelas —dudó en voz baja don Ulpiano. —... *Don't worry.* ¡Escúchame! Bermudo... —edulcoró su meliflua voz—, ¡escúchame! ¡tranquilízate!... para cualquier abogado prestigioso y famoso como yo, tu caso es un auténtico reto profesional; será caro, quizá muy caro, pero, como amigo del alma (*oh my God!*), como amigo y cliente, precisas de todo mi cariño, de calor humano, confianza y autoestima. ¡Todo ello lo tienes aquí! Cuentas con el mejor equipo de profesionales a tu disposición, aquí, en tu casa, en Ulpiano Abogados, S.L.U. Tú eres de la familia de Ulpiano Abogados y esta casa siempre tiene abierta la puerta para ti, querido presidente.

—¡No me toques los güevos, Ulpiano! ¿Cuánto has facturado por mis empresas y mis líos lañopasao? ¡Hombre! ¡Para el cronógramo! Además, después de tirarme a la concejala danesa (¿cómo se llamaba, joder?), mmm..., a la tal Birgitte, tengo la autoestima por las nubes. Ahora lo que tiéscacer es que siga bien calladita y deso tetiés que encargar tú... ¡A buen detentador, pocas palabras vastas!

—Bueno, el embajador, esto..., Bermudo, ¡qué cosas tienes! En realidad, no soy más que un humilde servidor de la Ley y me debo a mi sacrosanto deber deontológico y a las Normas Orientadoras del Colegio de Abogados. ¡Yo!: ¿cómo podría conseguir que esa señora mantuviera su silencio?... En fin... Si parece que pasó lo que pasó... el embajador... no sé si conoce todas las circunstancias del caso, porque deduzco que sí, pero no sé si podemos... esto... comentar con total libertad o si tú, Risuñez o la A.S.I. también precisa de mis modestos servicios. *I'm an poor attorney!*

—Ulpiano: ¿cómo sabes que soy supernumerario de la ASI.? —inquirió molesto el embajador y agente secreto—. Mi condición pública es únicamente la de miembro del Cuerpo Diplomático acreditado ante la NATO («neito») pero nadie puede saber que, además, tengo un sobresueldo en la A.S.I. ¡Si llegara a saberlo Hacienda! ¡Sería mi ruina!

UNO

Birgitte Skoge había resultado elegida concejala en su ciudad natal, Aarhus, por aplastante mayoría; sus conciudadanos habían reconocido en las urnas sus innegables virtudes intelectuales, su formación académica y su meritoria condición de políglota en lenguas inverosímiles de entre las cuales dominaba siete; sin embargo, el innegable atractivo físico de Birgitte había impulsado, quizá a su pesar, una esperanzadora carrera política; hija de madre soltera no escandinava, en sólo 10 meses desde su elección se había convertido en responsable para Jutlandia y Fionia de Relaciones Institucionales con empresas suministradoras de la NATO («neito»). Aunque no hablaba castellano, dominaba con soltura y gracejo el armenio, el uzbeko, el bable, el moldavo, el checheno, el aranés y un poco el catalán y el occitano; por ello, cuando el cabo primero Admunsen (responsable habitual de acogidas a proveedores singulares) informó que le habían concedido un permiso de paternidad por subrogación y no podía recoger a Bermudo en Kastrup, tan pronto lo supo Birgitte se ofreció para ir a Copenhague a recibir al empresario español Mr. Bermudo; el singular presidente era conocido por haber suministrado la moqueta fucsia que decoraba la sede de RSC de la NATO («neito») y por alfombrar los urinarios con tazas turcas de las últimas fragatas y corbetas con base en el Báltico y el Mediterráneo, desbancando a un relevante competidor otomano.

Sin embargo, la auténtica razón de la presencia de Bermudo en Dinamarca era su condición de flamante ganador del sorteo anual de integración étnica y social de proveedores de segunda fila de la NATO («neito»); su merecido primer premio consistía en un viaje con desplazamientos y gastos pagados (pensión completa, salvo bebidas) para asistir en segunda fila (también) a la cumbre anual de la NATO («neito») que este año se celebraba en Aarhus.

Ese viernes lluvioso y templado, Birgitte llegó al aeropuerto de Kastrup, Copenhague, con mucha antelación; buscó en las tiendas de Ankomster para encontrar algún producto español que agradara a Mr. Bermudo cuando llegara; sólo encontró en la Librería Etnológica Glyptoteek del aeropuerto un ejemplar del Marca que lucía en portada a un sonriente Cristiano Ronaldo. Como concejal, vegana, sin origen genético escandinavo y amante de la naturaleza, nada sabía de fútbol y poco de España, pero llegó a la evidente conclusión de que exhibir la foto del astro español del balompié junto al cartel con el logo de la NATO («neito») y de Moquetas y Sanitarios Bermudo, S.L.U. sería interpretado por el presidente como un gesto de cordialidad y de calurosa bienvenida.

Cuando Bermudo apareció por la puerta de llegadas de la Terminal 7-Norte del aeropuerto de Kastrup, Copenhague, Birgitte reconoció al instante a su huésped: el chándal plateado y la cadena de oro al cuello con un deformado Cristo daliniano delataban su condición ibérica. Agitó con la mejor de sus sonrisas el cartel de bienvenida con ambos logos y la foto de Ronaldo del Marca. Al instante Bermudo se acercó, sonrió exhibiendo sus cimbrados dientes amarillos y saludó militarmente a la diosa danesa, llevándose su tiosa mano a la sien derecha.

—*¡Escolti!, ¡Benvingut a Dinamarca al millor proveïdor d'urinaris i moquetes de l'Neito!* —espetó Birgitte—. *El terme primer Admunsen no ha pogut venir per gaudir d'un merescut per-*

mís de paternitat per subrogació i inseminació artificial per ventre llogatç.

—Mu bien hija, ¡que majastás! ¿Eres tú el premio? Ju, ju, ju, ... ¿no viene el melitar de LAOTÁN?. Pues aonde me digas, vamos y ¡rapidito!, que nomandao ná pa comer en el avión. ¡Yo soy de coger el plátano por las hojas!

—*¡Escolti! ¡Benvingut molt honorable president Bermudo* —confirmó Birgitte con un ágil movimiento de cadera y pecho, aupando al presidente, a quien sacaba una cuarta.

Durante el trayecto por la autopista hasta el continente, la concejala intentó resultar afable; informó a Bermudo en correcto aranés y, a veces, en bable del programa de actividades y encuentros previstos hasta el lunes próximo en la NATO («neito») sovereign annual Summit; también le dijo que tendrían por delante unas dos horas de trayecto hasta llegar a la base yanqui de Aarhus y que, para cobrar las dietas, tendrían que hacerse algunas fotografías justificativas de su estancia y desplazamiento.

—Tás mu rica, jamía. No sé si tan enseño lo qués un macho ibérico de verdad —se insinuó todo lo cortés que fue capaz Bermudo a la concejala.

—*¡Que salao! Mira el que diu, la meva mare ès aranesa i ara bat rècords en competicions militars. Hem de parar a posar gasolina. ¿Compren aigua?*

OTRA VEZ TRES

—Querido embajador, nadie fuera de este suntuoso y, al tiempo, modesto despacho, que es el tuyo, sabrá tu condición de supernumerario de la A.S.I. —tranquilizó Don Ulpiano—. ¡Discúlpame!... ¡Adelaida! —se interrumpió el letrado, de nuevo—, ¿qué pasa ahora? *Oh, my God!*

—Elembaja, elembaja, elembaja... —insistió Adelaida, quebrantando cualquier formalidad.

—Sí, que ya está aquí el embajador, pero ¿qué pasa? habla, desatasca, ¡dime!

—Teléfo, teléfo, teléfo..., elembaja, elembaja, elembaja...

—¡Pareces E.T. («ití»)... Adelaida! ¡Escúpelo!, ¡ya!, ¡ar!, ¡dime qué pasa! ¡escupe! ¡escúpelo!

—... Creo que es para mí —se anticipó Risuéñez—, a buen seguro es una llamada para mí... será «Cuesta de las perdices»;... una felicitación por el éxito de la misión..., ¡tengo el móvil sin batería!... por eso llaman al fijo de tu despacho —zanjó el embajador, mientras Adelaida hipaba y asentía convulsa—. ¡Aló, aló! —gritó al inalámbrico lanzado por la aliviada directora de protocolo—. ¡Aló!, agente supernumerario Risuéñez al habla, ¿sí?

—¡Tú hijo! —bramó la voz del teléfono—, ¡es tan inútil como tú!, pero ¡a más, a más!, ¡es un porrero y un borrachuzo!: estaba dormido cuando llegó la alerta a través de la limpiadora comunista que tenemos en la Base Secreta de Torr... de Ard... ¡dormido! —vociferó alguien al otro lado de la línea telefónica—, ¿por qué no llamaste tú? ¡Inútil! ¿no tiés móvil? ¿para qué tanto lío si el Bermudo ése, además de fanfarrón, es inofensivo? ¡Hemos quedao como el culo con los marines!

—¿Cómo? ¿yo? ¿subsecretario? —esputó al teléfono, trastabillado, el embajador—, pero: ¿no me felicita? ¡Todo está bajo control!... mi hijo... ¿estaba él en el CAU de guardia ayer noche cuando lancé el código «Charlie pavo rosa»?... ¡Ironías del destino!, ¡padre e hijo unidos en una secreta y arriesga misión patriótica! Bosco Borja: ¡estoy orgulloso de ti!

—Déjate de leches, Risuéñez, tu hijo es un borracho: ¡convéncete!, le hemos sacado de Serrano y mandado a Tarifa para el control de inmigrantes. Por cierto, el código de ayer era «Charlie bravo», a secas, ¡nada de pavo, ni de

rosa!... Y se mantendrá el mismo código de alerta mientras no haya nuevo Gobierno.

—¡Ah!, vale —comprendió el embajador—, entonces... va para largo...

—¡El lío lo tengo ahora con los marines! Y todo porque tú y Bermudo os habéis escapado del Galaxy sin pagar las *flight taxes* y porque dicen que les falta no sé qué mercancía estratégica que estaba oculta en unas cisternas... y los daneses.... ¡los daneses también están alborotados! Dicen que la concejala ha huido de la Cumbre de la NATO («neito»), está en Madrid y ¡quiere ver a Bermudo y a su madre catalana!

—¿Cisternas?... Ni idea de las cisternas esas... ni de mercancías, ni de que mi hijo... bueno me ha mandado un guasap para decirme que se iría uno de estos días con el *kitesurf* a Cádiz, y... ¿la concejala Birgitte en Madrid?, pero ¿lo de Serrano?, ¿qué es lo de Serrano?

—¡Joder! ¡Pues una calle de Madrid!, ¡y muy pija! Es donde tenemos el *call center* (secreto) de la A.S.I. y su CAU: es un sótano con entrada simulada casi esquina a Jorge Juan; tu hijo estaba de guardia, pero durmiendo... ¡En fin! Los chavales de hoy en día no valen ni para becarios... Te tengo que colgar que tengo que ver lo de la concejala danesa —cortó abruptamente la voz.

Don Ulpiano y Bermudo habían presenciado en silencio la conversación telefónica. Subsecretario, cisternas, Serrano, la concejala en Madrid, *kitesurf* en Cádiz. Todo eran dudas. El misterio se cernía sobre sus almas.

DE NUEVO, UNO

Birgitte estaba encantada con el ibérico Bermudo quien le reía todas las gracias y al que encontraba un tiparraco adorable, hasta que pararon a echar gasoil en una estación de servicio. Mientras ella repostaba, él se compró unas botellas

de *aquavite*, en la estúpida creencia de que el agua mineral era muy extraña en Dinamarca. Se bebió varias de un trago. El resto del viaje transcurrió entre cabezazos y ensoñaciones del presidente e interminables monólogos en aranés y bable de Birgitte; la concejala se sintió respetada, escuchada y no interrumpida por un hombre latino. Estaba encantada.

Al llegar a la base de Aarhus, Bermudo, quien se había cepillado las, al menos, seis botellas de *aquavite*, ardía en deseo de tirarse a lo primero que se moviera, pero era más poderosa su sensación de urgencia e incontinenencia urinaria y gástrica. En la barrera de acceso, no pudo entregar al ujier ni la credencial, ni el pasaporte, ni el recibo y contraseña del premio, pero, gracias a la concejala, logró, al menos, salir del coche y alcanzar a trompicones la camareta asignada para dormir la mona en una rigurosa cama nórdica bajo un sencillo edredón Ikea Army de camuflaje.

Horas después, al despertarse en la tarde del sábado, Bermudo no recordaba nada. Abrió un ojo, estaba en bolas (salvo calcetines, bisoné, medalla de Dalí y faja ortopédica; el edredón caqui estaba pisoteado junto a la puerta ¡mari-conadas!); sólo recordaba que Birgitte le había arrastrado hasta la habitación; vislumbró su chándal plata de etiqueta doblado con forma de torito destellar sobre la espartana cómoda cuartelaria, pero su cabeza... ¡le iba a estallar! ¡necesitaba un botijo! se sentía como si hubiera bebido un litro de chichón metílico (en realidad fueron varios litros de *aquavite*); a pesar de ello, al palpar sus partecillas, sonrió satisfecho en la creencia de que (aunque no lo recordara) ¡se había tirado a la concejala danesa! ¡seguro que sí! ¡eso era! ¡gol por toda la escuadra!

—¡Me cá en tó lo que se mueve! —acertó a balbucir al escuchar un horrísono timbre de corneta a todo trapo; era el timbre del teléfono de la camareta, personalizado y adaptado al *Spanish mode (from Spain, not latin, not sefardian)* y que aullaba ¡el himno de Riego!—. ¡Mucho ruido y pocos peces!

—¡Me cá en tó lo que se mueve! ¿quién cohones es? —
acertó a descolgar el auricular con única intención de acabar con el ensordecedor ruido.

—¡Enhorabuena y bienvenido! Presidente Bermudo, soy el embajador Risuñez de la Corte, acreditado ante la NATO («neito») y orgulloso de saludarte como compatriota ganador del concurso anual de proveedores de segunda fila... digo... de proveedores. ¡A tu entera disposición!, mi distinguido amigo.

—¿Eh?, ¿qué?, ¿tu cara me suena?, ¿y la Birgitte? —
eructó Bermudo.

—Bueno, bueno, ¿eh?... Presidente, sí, en efecto, ya nos conocemos: Don Ulpiano es buen amigo de ambos ¿recuerdas la gazpachada benéfica en su despacho de Serrano? Creo recordar que coincidimos allí en la última edición. ¿Qué me dices? Amigos de mis amigos, ¡amigos!

—¿Sí? Me paice que macuerdo, pero... ¡mace falta un Valium! —en realidad pensó en un Paracetamol—, y ¡un botijo!, ¡me duele tó!, no sé qué mabrá pasao con la Birgitte ¿óndeandarà?... ¡No quiero agua mineral!

—¡Ah!... sí, Birgitte... sí, la concejala de Aarhus de origen aranés, sí menuda delantera... digo, ejem, carrera política que lleva..., fulgurante; es tan joven y ya ¡responsable para Jutlandia y Fionia de Relaciones Institucionales con suministradores NATO («neito»)! ¡Va hablando maravillas de ti! ¡Le has causado magnífica impresión!

Bermudo sonrió satisfecho; ¡el círculo estaba cerrado!: se había acostado con Birgitte (aunque no se acordaba) y la había colmado de placer ¡seguro! Era una pena no recordarlo y que le doliera tanto la cabeza. Pero ¡joder! ¡la tía esa! ¡no podía ir por ahí diciendo maravillas de él! ¡era el presidente Bermudo! ¡no podía pregonar (aunque fuera cierto) que él era un león en la cama! ¿Y si se enteraba su mujer? ¡No podía permitirlo! Si se enteraba Edmunda podía denunciarle ante Hacienda o Sanidad. Su mujer era

el alma de Moquetas y Sanitarios Bermudo, S.L.U., era su esposa desde hacía 38 años, diseñaba las tazas turcas y los felpudos; además, si la NATO («neito») se enteraba de que le había puesto los cuernos a su mujer con una concejala danesa ¡sería su ruina! ¡perdería el contrato con la NATO («neito»)! Además, el intermediario colombiano de PBC le había confirmado una probable ampliación de pedidos incluyendo cisternas de seguridad de váteres, ergo, ¡ella no debía saber nada! ¡no permitiría que la concejala hablara por ahí de esa desenfadada noche de adulterio junto a él en Jutlandia!

—¡Me cá en tó lo que se mueve! ¡Un Valium que me vas-tallar la perola! —suplicó—. ¡Y un botijo!

UNO Y MEDIO

Las redes estaban que echaban humo, en particular Facebook.

Mientras que en Aarhus se celebraba la cumbre anual de la NATO («neito»), el movimiento antibelicista sólo tenía ojos para la humilde y mediática Justina quien, desafiando las leyes naturales, se esforzaba en alcanzar un nuevo récord de limpieza y fregado en instalaciones militares. El *Crowdfunding* registraba minuto a minuto nuevas aportaciones de los más dispares rincones del planeta progre. Los partidos alternativos calificaron el gesto de Justina —quien acababa de cumplir 98 horas ininterrumpidas de huelga japonesa (a base de rayas) en la Terminal de la Base (secreta) de Torr... de Ard...— como el de la más valiente, humilde y pacífica protesta de quienes quieren barrer en todo el planeta la ignominia de los belicistas y fregar el armamentismo imperante de nuestra sociedad.

Birgitte Skoge era consciente de que su madre, Justina, era un todo un símbolo. Desde que regresara hace diez años

a España, no la había vuelto a ver, pero le mandaba mensajitos y guasaps de apoyo solidario y entusiasta en uzbeko, casi por pudor, y alguno que otro en aranés.

Tras su emotivo encuentro con el ibérico Bermudo, Birgitte decidió contarle en el coche, parte en bable, parte en aranés, el (secreto) iter de su vida: su madre abandonó L' Vall D'Aran muy joven con la ilusión de conocer mundo, en particular, a la Sirenita. Allí, en el mismo Tívoli, quedó embarazada de un ujier de la base militar de Aarhus; en vista de las ventajas fiscales y sociales que la sociedad nórdica le ofrecía, decidió tener a la preciosa Birgitte; la pequeña se crió entre uniformes y militares de toda procedencia; lista como era, aprendió sin dificultad desde muy niña lenguas de espías y agentes «desaparecidos» de todo el mundo que le regalaban caramelos y chuches; su combativa madre emprendió, desolada, el regreso a España al cumplir su hija la mayoría de edad y por perder, por ese motivo, el chollo de las subvenciones.

Justina, en realidad, siempre echó de menos el fuet y el jamón ibérico, pero lo sobrellevó bien porque en Dinamarca no pegó ni chapa y disfrutó durante dieciocho años de su verdadera pasión: los uniformes; al regresar a suelo patrio no logró olvidarlos (a los uniformes, incluidos los de los ujieres): de ahí que floreciera su mediática y visionaria vocación de limpiadora en instalaciones militares (secretas), que pudo ver realizada en la Terminal de la Base (secreta) de Torr... de Ard...

Volviendo a Birgitte, su emotivo y sincero monólogo al volante no fue escuchado por el alcoholizado Bermudo; ella nunca lo supo; pero su vida cambió ese viernes de camino a Aarhus. Entendió que el respetuoso silencio y los asentidos cabeceos (ebrios cabezazos) que Bermudo le dedicó en el trayecto hasta la Base de la NATO («neito») eran la mejor confirmación de que en España le comprenderían y respetarían; al día siguiente, ese mismo sábado, tomó la decisión

de su vida: iría a buscar a su madre a Torr... de Ard..., como el pequeño Marco, allá donde estuviera: se subiría al primer Galaxy en que lograra colarse. Así llegó el avión (secreto) que esa madrugada de sábado tenía por destino Torr... de Ard... y en el que ¡casualidades de la vida!, repatriaban al presidente Bermudo vigilado por Risuéñez.

DE NUEVO, UNO Y YA NO MÁS UNO

—Bermudo, ¡está hecho unos zorros! Le he pedido al capitán médico de los marines que le ponga una inyección de Valium como quería —anunció el embajador.

—¡Me cá en tó lo que se mueve! ¡esa tía no pué hablar! ¡que no cuente ná! ¡en boca cerrá, no entran sopas!

—He valorado la situación, querido presidente Bermudo y, si pasó lo que parece que pasó... ¡habrá que hacer algo!, y ello, aunque Birgitte no haya contado nada de contenido sexual. Por el contrario, ella ensalza tu cercanía, comprensión y respeto y dice que le has hecho madurar, abrir los ojos, etc.

—¡Cá! ¡no me fio de naide en los países de fuera de España! —razonó Bermudo.

—¡Por eso!, ¡por eso!, un escándalo sería demoledor para tus intereses y para los de la diplomacia internacional, ¡sería impensable!, en la misma Cumbre de la NATO («neito»). No podemos arriesgarnos: ¡Nos volvemos a España! En valija diplomática no levantaremos sospechas; ¡está todo controlado! Al anochecer despega un Galaxy-560R2D2 hacia la Base (secreta) de Torr... de Ard...

Bermudo, sintió un contundente pinchazo en su posadera derecha y casi al instante perdió el poco sentido que aún conservaba. Se mantuvo profundamente dormido desde ese momento y durante todo el vuelo hasta que fue arrojado

junto a los fardos de la valija en la Terminal de Torr... de Ard...; entonces, despertó y echó a correr por la nacional II sin parar hasta llegar a Madrid. Su chándal plateado le libró de ser atropellado por los sorprendidos conductores que circulaban ese domingo por la autopista al amanecer.

EL ÚLTIMO TRES

Ulpiano tenía claro que la minuta que confiaba pasar a ambos iba a ser sustanciosa, pero aún debía terminar la faena. Era necesario un contacto discreto con la Embajada de Dinamarca y el apoyo de la todopoderosa presidenta de la Comunidad de Propietarios y Presidente de la Fundación del 4º piso.

Era curioso; todo encajaba, incluso físicamente... sus clientes, los sucesos, los contrarios, iban a coincidir todos en el mismo edificio: la embajada en el 5º piso, el CAU de la A.S.I. en el sótano (al que el portero nunca dejaba acceder), el sindicato de limpiadoras en el 3º, la presidenta de la poderosa fundación y, desde hace decenios, presidenta de la Comunidad de Propietarios en el 4º ¡y todo en el mismo edificio! ¡Menos mal que Bermudo tenía las oficinas en un polígono ilegal y no en ¡Serrano 26!

CUATRO A

Birgitte llegó a Torr... de Ard... de manera muy distinta a Bermudo y Risuéñez.

Su exuberancia y don de lenguas le permitió volar en cabina con todo un pelotón de marines de origen armenio y moldavo. Cuando pudo desembarazarse del penúltimo, el copiloto, oriundo de Erevan, se ofreció cariñosamente

a enseñarle la Terminal (secreta) y le confirmó que estaba invitada a *flight taxes* por toda la tripulación.

Tras muchas vueltas por la base buscando a su madre, localizó el cubo de agua jabonosa y la fregona de Justina: inconfundible, llena de pegatinas de uniformes militares: ¡era de ella!, pero... ¡su madre no estaba!... quizá había terminado ya la prueba y conseguido el récord. Tenía que hablar con el sindicato de limpiadoras.

Le pidió al copiloto, algo pegajoso, que le llevara al sindicato de limpiadoras de Madrid, institución que ejercía como fedatario acreditada de Guinness Inc., homologado para el control del reto de Justina y que había preparado una fiesta sorpresa si ella conseguía batir el récord de las 100 horas. Así logró llegar, horas después, Birgitte a la puerta de Serrano 26 escoltada, en convoy oficial de la NATO («neito»), no sin antes visitar varias cafeterías armenias y rodeada del pelotón de expectantes marines.

CUATRO B

Don Ulpiano prefirió subir andando los dos tramos de la escalera existentes entre su despacho del 2º piso de Serrano 26 y el de la poderosa fundación del 4º. La temida presidenta, si lograba convencerla, podría influir en la embajada y en la A.S.I. para zanjar el asunto del estúpido de Bermudo y el bracicorto de Risuéñez (cuyo hijo era ¡el de las chinas de Tarifa! ¡joder con el chaval!, ¡ese sí que tenía buen material! ... en fin, «tendría que buscar costo en otra parte»).

Se armó de valor y llamó al timbre de la Fundación.

La presidenta en persona apareció sonriente ante sus ojos:

—Ulpiano, querido, cómo por aquí, y ¡en domingo! Me pillas de casualidad.

—¡Querida Cristina! ¡Sólo tú puedes ayudarme! Lío y de los gordos con la NATO («neito»).

—Pasa, pasa, por favor, dos besos y cuéntame ¡qué casualidad! ¡la NATO («neito»)!

—Nada, si es muy sencillo —se autoconvenció Ulpiano—, hay que desahuciar y alquilar a otros el sótano que está detrás del sitio del portero y, querida, eso sólo lo puedes hacer tú como presidenta; además, ¿no te habrán manchado los de la Embajada de Dinamarca? ¿una gotera, por casualidad? Necesito una herramienta de negociación con ellos.

—Pues no, la verdad, es gente estupenda y nada de goteras. Pero te noto raro, ¿quieres una junta de vecinos para lo del sótano y para una gotera que no tenemos? No sé...

—No me explico bien. Tengo un caso superconfidencial sobre una concejala danesa y unos presuntos abusos . Es un tema muy curioso y está relacionado con la NATO («neito»).

—Ya, bueno... mira, ¡este mundo es un pañuelo! Estamos esperando a Justina, la limpiadora mediática y hace tres minutos que acaban de llegar los chicos de la NATO («neito») y están aquí tomando un piscolabis antes de que empiece la sesión extraordinaria de hoy.

—¿Soldados aquí? ¿sesión extraordinaria de FIDE? —se deslumbró Ulpiano.

—Sí, sí, ha venido Birgitte, la concejala danesa que va a reencontrarse con su madre; el sindicato de limpiadoras del 3º nos propuso darle una fiesta sorpresa a Justina si lograba el récord Guinness y, al parecer, lo ha rebasado con creces: ¡más de 100 horas sin parar de fregar en Torrejón de Ardoz! ¡Es todo un símbolo antibelicista! Además, los marines son encantadores y se van a quedar.

—Ah ya... los marines se quedan... y Torrejón ¿es la base (secreta)? ¡Increíble! Me parece que voy a avisar a mis clientes para que suban, por cierto ¿ése es el embajador danés? ¿no? ¡No es oro todo lo que reluce!... ¡Curioso asunto!

—Sí, claro —confirmó Cristina—, es el embajador danés, ¡un encanto! ¡no podía perderse un *bruch* sorpresa homenaje en FIDE! Y aquélla de en medio ¿la conoces? La que está rodeada de marines es la concejala danesa, vamos, la hija de Justina.

Bermudo y Risuéñez, al subir en el ascensor al 4º coincidieron con Justina, que, aún muy excitada iba a entrar a hombros de las liberadas del sindicato en la fiesta sorpresa y, sin saberlo, reencontrarse con su hija danesa.

Ya en el *brunch*, presidente y embajador comprobaron que todo el mundo pasaba de ellos, ni los daneses, ni los marines, ni las limpiadoras, ni algún que otro posible agente de la A.S.I., ¡nadie!... nadie les hacía mucho caso, ni siquiera Don Ulpiano, pero ¡todo eran sonrisas!

Birgitte besó y subió en alto al confuso Bermudo, tan pronto como le vio; después, cuando la concejala habló en el homenaje, citó emocionada al presidente en un estrafalarío castellano como «quien mejor le había escuchado y apoyado», en una pasional intervención de agradecimiento en varias lenguas.

Por su parte, Adelaida se apresuró a aceptar la vacante dirección de protocolo de la embajada danesa.

Bermudo ya pensaba en que ofrecería sus moquetas a los distintos ocupantes del edificio; quizá una alfombrita *tutti frutti* le iría bien a esa sala. Risuéñez se conjuró en hablar seriamente con su hijo, concedor como ahora lo era, de sus trapicheos con el costo pero decidió esperar; además, ya llamaría más tarde al subsecretario.

Don Ulpiano lamentó que sus expectativas de facturación no se vieran materializadas, pero se ofreció a desahuciar a la A.S.I. o a la Embajada, si así fuera menester.

Los marines dieron buena cuenta del *brunch* y se fueron por la tarde a conocer el Bernabéu.

Y, colorín, colorado...

